

Mujeres y municipio:

Un espacio para la participación y democratización barrial

Andrea Rodó L.

Programa de la Mujer, SUR

¿Cuáles son las principales demandas que las mujeres hacen a la municipalidad?

Con el fin de obtener respuesta a esta pregunta, se realizó una encuesta puntual entre las funcionarias de dos municipios, uno del sur de Chile y otro de Santiago, y entre las mujeres dirigentes de esas comunidades.

Las respuestas fueron perfectamente coincidentes.

Según las funcionarias municipales, las mujeres piden recursos materiales para manualidades (tejido, cocina, costura) y/o para resolver problemas urgentes de vivienda, salud y alimentación. En su opinión, las mujeres “siempre” piden; “no pierden oportunidad de pedir”, utilizando para ello su condición de madres y, muchas veces, de víctimas. Tales, según las funcionarias, lo que caracteriza su demanda y relación con el municipio.

Las mujeres a su vez, dijeron que sus principales demandas al municipio serían obtener recursos materiales para los mismos cursos nombrados y, sobre todo, soluciones para problemas de vivienda y salud. A su vez, afirmaron que frente al municipio es necesario aparecer como extremadamente pobres y desvalidas para obtener alguna ayuda.

¿Que indican estas coincidencias? ¿Que revela el tipo de demandas que realizan las mujeres, así como la percepción que ambas tienen del otro?.

A nuestro juicio, lo que aquí se revela, mas allá de estos casos particulares, es que el tipo de relación que han establecido las mujeres con el municipio, así como la relación que establece el municipio con las mujeres, históricamente se ha caracterizado por la dependencia, la asistencia y el poder. Se las ha tratado como grupos particularmente discapacitados, objeto de asistencia y/o apoyo económico y social. Tal situación se agudizó enormemente en el periodo de la dictadura, que impuso una modalidad de relación básicamente autoritaria e individual con sus beneficiarios.

Las mujeres como grupo social, con demandas y necesidades que le son propias, producto de una posición y situación social que las discrimina, es una realidad que ha sido invisible para el municipio, y también para las mismas mujeres. En este contexto, no son tan extrañas las respuestas de las mujeres y el municipio ante la encuesta a la cual hacíamos referencia.

¿Cómo han enfrentado las mujeres su discriminación y exclusión social y política? ¿Cómo pueden transformar su relación con el municipio, en la perspectiva de ampliar sus espacios de participación y, por ende, de ciudadanía? Sobre todo, ¿de qué manera reconocer los desafíos que hoy tienen las mujeres en el escenario de reconstrucción democrática? Finalmente, ¿qué alternativas se le presentan a un municipio democrático, para efectivamente transformarse en un ámbito de participación y desarrollo?

## EL AMBITO LOCAL: EXPERIENCIA Y SABIDURIA

Cuando reflexionamos en torno a las organizaciones de mujeres y sus vínculos con el municipio y, sobre todo, cuando pensamos en los desafíos que se plantean para inaugurar una institucionalidad que afectivamente incluya a las mujeres populares en la gestión comunitaria, es necesario hacer referencia a las formas en que éstas se han organizado en los años recién pasados. Los aprendizajes logrados y las carencias acumuladas en este tiempo son la base experiencial y subjetiva para encarar los desafíos de hoy.

Los años de permanencia de la dictadura militar se caracterizaron por la exclusión política, económica y social, particularmente para los más pobres. El Estado agudizó su dimensión asistencial y desarrolló una política de subsidiaridad y de asignación individual de beneficios a los más pobres. Todo vestigio de organización, de gestión colectiva, de interlocución con la comunidad, fue descartado. El Estado era un ente ajeno y lejano, aunque sin duda omnipresente en su rol represivo y de adoctrinamiento.

Las mujeres en este difícil contexto, no se quedaron en sus casas. Pese al miedo, a la represión y a la enorme crisis que afectaba directamente la sobrevivencia e integridad de sus familias, salieron activamente a buscar formas de resistir la situación.

Es quizás importante señalar que el ejército y experiencia ciudadana

formales de las mujeres al momento del golpe era bastante incipiente. En Chile la ciudadanía para las mujeres se obtuvo recién en 1949, después de una larga lucha de diversos movimientos de mujeres.

Con el inicio de la dictadura, las mujeres solo alcanzaron a vivir 24 años ejerciendo ciudadanía. Tiempo insuficiente, si se considera que este ejercicio se caracterizó por su carácter formal, ligado sólo al voto, particularmente en el caso de las mujeres que después de haber logrado su condición de ciudadanas volvieron a sus casas, esperanzadas en las ofertas de cambio social y libertad que ofrecían los partidos de izquierda y centro tradicionales.

Su experiencia, entonces, no solo fue escasa, sino marcada por una modalidad donde la participación real estuvo ausente.

El golpe militar, por tanto, de nuevo dejó interdicta la ciudadanía de las mujeres. Sin embargo, las tareas de la sobrevivencia, las emergencias, la defensa de la vida, las obligaron a salir de sus casas y buscar apoyo y solidaridad en sus barrios y poblaciones.

Históricamente, las mujeres se han caracterizado por salir de sus hogares en época de crisis. Este fenómeno, por tanto, no es nuevo. Lo nuevo es el hecho de que lo hicieron en un contexto de represión, y absolutamente solas, con total autonomía de partidos y/o fuerzas políticas que articularan o condicionaran su quehacer e iniciativas de organización y resistencia. La salida de la mujer al mundo público se realizó, sin embargo, en un espacio local, conocido, que es para las mujeres como moverse en su propia casa.

El ámbito local es el espacio por excelencia de las mujeres. Es un espacio no solo familiar y cercano: en él se desarrollan con más facilidades redes y sistema de autoayuda que se sustentan en la cultura comunitaria-vecinal, caracterizada por la solidaridad y las relaciones personales.

Hemos sido testigos de cómo, en situaciones de emergencia que han puesto en peligro la sobrevivencia familiar, se expresa el “saber hacer” de las mujeres. El saber acumulado en la experiencia cotidiana, de reproducción social y material de la vida domestica, barrial y comunitaria. Así, durante el periodo de la dictadura, las mujeres, con bastante eficiencia, se apropiaron de sus barrios, y haciendo gala de una gran creatividad y fortaleza, construyeron redes de autoayuda, inventaron nuevas formas de organización y crearon un activo e inédito movimiento.

La distancia con la autoridad y el Estado, la carencia de una institucionalidad que normara su hacer y gestión barrial y la ausencia de los partidos políticos como mediadores y puentes con el poder institucional; en definitiva, el que no existieran andamiajes políticos e institucionales, desconocidos y complicados, que interfirieran en su quehacer, incentivaron y posibilitaron la participación de las mujeres en un ámbito que, como dijéramos antes, es para ellas conocido y cercano. Es precisa y paradójicamente la ausencia del Estado lo que facilita el accionar de las mujeres.

#### LOS APRENDIZAJES: DE LAS URGENCIAS AL PROTAGONISMO SOCIAL

Aun cuando podríamos caracterizar la experiencia de las mujeres en el periodo de la dictadura como una que no tuvo relación directa con el quehacer político nacional, ni se dio en los marcos tradicionales establecidos para la lucha reivindicativa social o política, las mujeres acumularon una experiencia importante de quehacer publico que antes no habían tenido.

Los aprendizajes y competencias sociales más significativas adquiridas en ese periodo se pueden enumerar como sigue:

- Revalorización de la organización y quehacer colectivo como herramientas útiles y eficientes para hacer frente a problemas concretos. Esta experiencia dio legitimidad a su participación, y reconocimiento social frente a los otros y ante sí misma.
- Creación de pequeños grupos o espacios de reflexión, donde sé gatillaron procesos de autovaloración, desarrollo personal y conciencia de género: en un contexto de crisis y extrema exclusión social, las mujeres crearon espacios para reflexionar y compartir diversos problemas vinculados a su condición de mujeres.
- Desarrollo de redes o coordinaciones orgánicas (más amplia que el pequeño grupo u organización), desde donde fue posible ganar reconocimiento y fuerza para plantearse frente a otros.
- Ejercicio democrático en las instancias creadas, que favorecieron la participación, la expresión y la co-responsabilidad entre sus participantes.

- Desarrollo de liderazgo y dirigencias sociales o políticas (surgieron mujeres líderes que reivindicaron en su discurso y quehacer la problemática de la mujer).
- Reconocimiento de la diversidad y heterogeneidad de la mujeres (por tanto, aceptación de intereses y necesidades distintas entre sus iguales).
- Se aprendió a “hacer”, a gestionar, y no solo a “pedir” (de asistidas a sujetos). Valoración de sus competencias y posibilidades sociales y políticas.
- Construcción de un “nosotras”. Aparecieron elementos de identidad colectiva, que dieron fuerza y contenido a su quehacer.

| Con todo, lo que básicamente unió a las mujeres y les dio identidad como grupo social, fue la lucha contra la dictadura y la conquista de la democracia.

La identidad de género fue, pese a los diferentes procesos descritos, aun débil como para prefigurar un movimiento que trascendiera dicha coyuntura y se mantuvieran en el tiempo, con propuestas políticas que apuntaran a la incorporación real de la mujer al ámbito de las decisiones públicas.

Es obvio que este proceso tuvo carencias importantes, principalmente referidas a los aprendizajes de las mujeres respecto del quehacer en el mundo público:

- No hubo vínculos ni interlocución con el poder institucional (municipio, juntas de vecinos).
- No se formuló una demanda de género, sistemática y consistente, que legitimara – posteriormente – un proyecto o propuesta de cambio desde las mujeres populares al Estado, al gobierno y a la sociedad.
- No se diseñó una propuesta que, desde las mujeres populares, permitiera institucionalizar y legitimar formas de organización y participación, que reconociera a la mujer como actor o grupo social.
- No se negoció con los partidos y/o fuerzas políticas una plataforma que asegurara para las mujeres un programa básico orientado a resolver sus demandas centrales.

Por tanto, durante la dictadura hubo una experiencia significativa de organización, gestión comunitaria y conciencia de género de parte de las mujeres populares. Sin embargo, faltó una estrategia política más clara que transformara esa experiencia en una fuerza social y política capaz de permanecer en el tiempo. Faltó, además, y quizás esta fue la debilidad más importante, elaborar una demanda más consistente y articulada que se constituyera en un proyecto o en una propuesta de cambio desde las mujeres a la sociedad en su conjunto.

## RECUPERACION DEMOCRATICA 1990 -1992

La recuperación democrática en nuestro país pone a la orden del día, entre otros, el tema de la participación, entendida ésta como la incorporación de los diversos sectores y grupos sociales a la gestión, desarrollo y democratización del país.

En el caso de las mujeres, la gran tarea que enfrentamos es crear canales y/o formas para su incorporación efectiva en la vida pública y en la construcción democrática. El desafío que se presenta es la ampliación de los espacios de gestión y participación. En definitiva, el de recuperar y ejercitar ciudadanía. Para las mujeres, la ciudadanía no sólo implica ser reconocida como grupo social, sino sobre todo ser incluidas en el ámbito del poder y las decisiones públicas, ámbito del cual históricamente han estado excluidas o en el cual han sido incluidas de modo parcial y/o coyuntural.

En Chile, el cambio de escenario, después del plebiscito, entre cosas permitió aprobar la “Reforma Constitucional Municipal y Regional”, con la cual se abre una posibilidad nueva, de participación y poder para las organizaciones en general y, por tanto, para las mujeres.

## ¿SILENCIO O RETIRADA?

¿En que están hoy día las mujeres y sus organizaciones?

El contexto descrito augura buenas posibilidades. Sin embargo, el proceso que han vivido las mujeres organizadas ha dejado perplejos a muchos. Con la llegada de la democracia, las energías y las voces de mujeres tendieron a apagarse. Aparentemente, las mujeres parecen haber vuelto a sus casas, a esperar u observar el devenir del tiempo y del proceso democrático. Sin duda el nuevo escenario es uno de transición y las mujeres, mas que haber vuelto a sus casas, experimentan también una situación compleja y poco clara. En ella las ofertas y/o la voluntad política expresada tiene los límites que impone una institucionalidad o normativa autoritaria aún vigente. Es por ello un escenario plural, activo políticamente, pero aún en proceso de democratizarse, y de operar en consecuencia. La democracia, en efecto, pone en nuestro país temas y problemas antes invisibles o no reconocidos. Entre ellos, el tema y la problemática de la mujer. Ciertamente, esto no fue gratis. El tema de la discriminación de la mujer forma parte hoy de la agenda pública, en cierta medida por los esfuerzos desplegados por las propias mujeres para hacerse visible ellas mismas y los problemas vinculados a su subordinación. De otra parte, hoy día las mujeres, aunque de manera muy minoritaria, se han incorporado al sistema público. Existe un organismo a nivel ministerial, el Servicio Nacional de la Mujer, y, en consecuencia, la única ministro mujer. En el ámbito parlamentario hay 7 mujeres de un total de 120 diputados, y 2 mujeres en un total de 38 senadores. Las recientes elecciones municipales mostraron una baja representación femenina: 238 concejales y solo 8 alcaldesas.

En cuanto a la participación e injerencia de las mujeres en el debate público, ellas son escasas o inexistentes. Quienes debaten son las cúpulas políticas tradicionales, no las mujeres ni sus organizaciones de base barriales y comunales.

El escenario actual, entonces, caracterizado por la presencia activa de los partidos, por la competencia electoral, los arreglos políticos y la repartición del poder, dejan a las mujeres anonadadas, sin respuesta ni conducta política.

En efecto, nuevamente hoy sé esta frente a un escenario en que las mujeres no saben moverse. Si bien existe por parte del gobierno la voluntad política y la decisión de abrir la participación social y descentralizar efectivamente el poder, el proceso es lento y contradictorio. Lo que por el momento existe, son las viejas y tradicionales formas de hacer política, en un escenario limitado aun institucionalmente: revivió al Estado, floreciendo los partidos y reapareció el poder institucional en ámbitos y expresiones diversas, pero en dinámicas a las que sólo tienen acceso los tradicionales actores políticos. El mundo publico, del poder y la política, se mantiene por el momento extraño y lejano, en particular para las mujeres. Nos encontramos, así, frente a una suerte de distancia entre la esfera del poder central, donde las mujeres organizadas, trabajadoras cualquiera sea su condición, no se sienten representadas ni escuchadas.

Los municipios, por su parte, no han logrado ni pueden aún incorporar a las mujeres y sus organizaciones en espacios de interlocución, participación o decisión, aunque ciertamente la reforma inaugurará y regulará este proceso, abriendo nuevos desafíos para la participación e inclusión de la mujer en el gobierno local y en el desarrollo comunitario.

## LA MUJER COMO ACTOR DE UNA CIUDAD DEMOCRATICA

El municipio en su nueva forma, descentralizada y con la voluntad política de ampliar la participación ciudadana, requiere encontrar una modalidad que efectivamente posibilite integración e interlocución con las organizaciones de mujeres.

Sin duda no basta la voluntad para lograrlo. El municipio, como expresión de poder local, requiere, en primer lugar, rediseñar su tradicional relación con las organizaciones, y en particular con las de mujeres.

La reforma y la elección del Consejo Económico Social posibilitaran la representación de las organizaciones ante el municipio. Sin embargo, lo que se hace necesario no es sólo incorporar la representatividad de las mujeres, sino redefinir la valoración y el rol que se les atribuye a las organizaciones y a las mujeres en el desarrollo local. Ello implica, en este caso, romper con la tipificación de la mujer como objeto receptor y/o demandante de beneficios o políticas sociales.



La representación de las mujeres organizadas pierde valor e importancia política si no cambia la concepción y valoración del sujeto mujer, y la percepción de sus demandas y problemas específicos. Las mujeres no desean solo votar y tener un espacio para plantear sus demandas. Necesitan incorporarse a la gestión y toma de decisiones, al diseño y planificación de políticas y a la resolución de problemas sociales.

De este modo, la incorporación de la mujer abrirá la gestión comunal a otros problemas – psicosociales, culturales, ambientales –, que son los que hoy tienen mayor convocatoria y preocupan a hombres y mujeres.

Las mujeres –como decíamos – es el escenario actual, complicado, burocrático, competitivo, esta en transición. Les cuesta hacerse un espacio y levantar voces y demandas. Sin embargo, creemos que las condiciones que se observan después de las elecciones municipales son óptimas, o al menos mejores que en otros escenarios políticos ya conocidos, donde las mujeres tuvieron escasas o ninguna posibilidad de acceso a la participación y a la gestión de políticas desee el municipio.

Se plantean, en consecuencia, algunas interrogantes o desafíos que ambos, municipio y organizaciones de mujeres, debieran enfrentar con seriedad. En definitiva, lo que se plantea como relevante son los contenidos y las formas que adquiere la relación del Estado con la sociedad civil, o de los gobernantes con la gente, y viceversa.

#### *En relación al municipio*

En primer lugar, el gobierno local deberá efectivamente considerar a la mujer pobladora como un grupo social doblemente marginado, en cuanto grupo social y en cuanto genero. Requiere reconocer a las mujeres como personas capaces de resolver sus problemas, de desarrollar competencias de autogestión y aportar al desarrollo de su comunidad. La mujer debiera ser incorporada en el diseño y planificación de las políticas sociales. La organización de pobladoras no puede ser solo un instrumento para la aplicación de programas sociales que, junto con recargarles su “triple jornada” de trabajo, desvirtúa el sentido de la participación.

En segundo lugar, el municipio deberá estimular la gestión colectiva de los problemas sociales y una actitud propositiva por parte de las mujeres. En

este sentido, debiera preocuparse de promover modalidades de gestión colectiva en la satisfacción de necesidades. La experiencia de las mujeres en estos últimos años ha permitido desprivatizar algunos de sus problemas, convirtiéndolos en problemas sociales, que competen a hombres y mujeres. En este contexto, el municipio debiera orientar su acción también en esta perspectiva, aportando más decididamente en la transformación de las desigualdades de género y, con ello, al desarrollo y fortalecimiento de la democracia.

Se trata, en definitiva, de incorporar la experiencia de las mujeres, de considerar sus intereses, su experiencia y saber, de respetar sus tiempos y dar un espacio a sus expectativas y demandas como un grupo social.

Por último, el municipio debe reconocer la diversidad de organizaciones y grupos de mujeres y respetar su autonomía. Las mujeres se caracterizan por crear organizaciones diversas, con sentidos y objetivos disímiles, que responden a lógicas también distintas. La autonomía e identidad de estas instancias ha sido un importante logro alcanzado. El Estado, entonces, debe procurar estimular y legitimar las organizaciones de las mujeres, cualquiera sea su carácter; respetar su desarrollo y establecer canales expeditos y efectivos para su interlocución y participación.

Debiera, en esta perspectiva, asignar recursos y destinar esfuerzos a iniciativas que promuevan el desarrollo y participación de las mujeres, que consideren sus intereses y expectativas. Por ejemplo, medidas concretas que adecuen los servicios a las necesidades de las mujeres, sus principales usuarios, en horarios que permitan atender a la mujer que trabaja fuera del hogar, y que consideren el tiempo que destina al trabajo doméstico; programas de recreación y deportes; programas de nivelación de estudios y capacitación técnica dirigidos a dueñas de casa, mujeres jóvenes o trabajadoras; programas de sexualidad y trabajo corporal; apoyo para la creación de “casas” o espacios físicos, para que las mujeres puedan tener un lugar propio, autónomo, desde donde capacitarse u organizarse; creación de áreas verdes y plazas, consultorios jurídicos; apoyo psicológico y campañas que ayuden a visualizar problemas como la violencia intrafamiliar, el acoso sexual, el embarazo adolescente, la drogadicción, etc.

## *Desde las mujeres y sus organizaciones*

La mujeres en este nuevo escenario, tiene enorme posibilidades de incorporarse activamente en la gestión y planificación local.

En efecto, el nuevo escenario municipal tiene ventajas comparativas para las mujeres: por una parte,, las formas que va a asumir la descentralización permiten dar visibilidad al poder. El poder deja de ser un ente lejano, copular, distante. En este caso, el poder es más compartido, se expresa en un ámbito territorial, más familiar, conocido por las mujeres.

De otra parte, el ámbito local en una institucionalidad democrática resulta para las mujeres un espacio que puede ser apropiado. La experiencia cotidiana de las mujeres, sus aprendizajes, son viables en un espacio local. Pueden además constituir un aporte visible. Los vínculos y relaciones son más directos, con rostros más cercanos.

En segundo término, el ámbito local permite el ejercicio del poder tras acciones concretas, que responden a problemas o necesidades que tienen que ver con la vida cotidiana de los pobladores (as), cuestión en la cual las mujeres tienen experiencia y han mostrado habilidad y eficiencia.

En definitiva, un espacio local –que tiene voluntad política de democratizarse – garantiza mejor las demandas o intereses de las mujeres. Sin embargo, estas ventajas que presenta el municipio hoy día requieren también, y muy especialmente, de estrategias y propuestas desde las mujeres. Las mujeres necesitan desarrollar una actitud activa y propositiva. Las mujeres necesitan poder, necesitan legitimidad social, reconocimiento de su condición de ciudadanas y actores sociales.

En ese sentido, toda actividad que estimule procesos de capacitación y formación de dirigencias políticas y/o sociales, o programas que promuevan la conciencia e identidad de género en las mujeres y/o que desarrollen su capacidad de gestión, desde una perspectiva de género son de vital importancia.

Nuestra experiencia nos muestra que, a nivel territorial, local, estos procesos de desarrollo, que otorgan las mujeres legitimidad y reconocimiento

social, requieren de ciertas condiciones materiales y subjetivas que hacen más factibles y viables las experiencias y procesos de desarrollo.

Estas dinámicas y procesos no surgen ni se desarrollan tan fácil ni naturalmente. No se les puede pedir solo a las afectadas conciencia y decisión para luchar por sus problemas y demandas, e irrumpir con éxito en espacios en los cuales ha habido tradicionalmente enormes resistencias. Es también responsabilidad del estado y de los gobernantes generar condiciones favorables y dar apoyo concreto para estimular la participación y enfrentar la discriminación y desigualdad, que afecta particularmente a las mujeres más pobres.

En este sentido, en nuestro país existen hoy día algunas iniciativas desde el Estado que favorecen estos procesos de desarrollo y protagonismo para las mujeres. Se requiere, sin embargo, nuevos y más esfuerzos, iniciativas y recursos, para consolidar o asegurar procesos de democratización y participación de la mujer.

## A MODO DE SINTESIS

El municipio puede convertirse en una instancia clave para democratizar los barrios y comunas. Tiene las oportunidades de utilizar su empeño, su poder y sus recursos en mejorar la vida concreta, cotidiana de los ciudadanos (as) que más lo necesitan.

Sin embargo, es tarea compartida del municipio y organizaciones de mujeres buscar modalidades y estrategias para promover la participación democrática y mejorar la calidad de vida de las mujeres. En este proceso, hay responsabilidades y aportes específicos que, de una parte, deben venir del poder local-municipal; y de otra, que indudablemente deben venir y expresarse desde la sociedad civil, desde las mujeres y sus organizaciones.

El estado no puede convertirse en el intérprete o el alma de las mujeres. Son las mujeres quienes, desde la sociedad civil, desde su movimiento, deben expresar sus demandas sus conflictos y sus propuestas. Estado, municipio y mujeres tienen intereses y lógicas de acción distintas. Ni a unas ni a otros se les puede pedir responder a los intereses y necesidades del otro. El conflicto y las negociaciones serán naturalmente la forma habitual de relación, aun

cuando, ciertamente, habrá áreas que susciten acuerdos y colaboración.

Para finalizar, queremos reiterar que la comuna, y más particularmente los barrios, son lugares privilegiados desde donde habilitar y hacer más humana la vida de hombres y mujeres. Son ámbitos desde donde se puede de manera más efectiva terminar con la segregación de los espacios, reflejo de las desigualdades y opresiones de género.

Las mujeres, por su parte, desde su experiencia ligada a la vida cotidiana, podrían ser sujetos en la construcción de sus barrios, y crear así otros espacios y realidades que las expresen y devuelvan su dignidad. La creación de nuevas relaciones entre hombres, mujeres y niños, que reflejan una convivencia efectivamente más humana y democrática, necesitan, sobre todo, del aporte de mujeres que, si de algo saben, es de proveer de humanidad la vida de todos los días.

|